

La que en mi alma amortigua penas de ausencia
Y las sombras aclara de mi memoria,
Y es, en la áspera cuesta de la existencia,
El último peldaño para la gloria.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ

(VÉASE LA PÁGINA 345 DEL TOMO I)

CIELO

¡Oh playas azules, eternas, radiantes de místico modo!
¡Oh corva techumbre sin lindes que á tantos mortales sustentas!
En tí, Cielo, clava desde esta mortal vestidura de lodo
El ánima, errante por tiempos y espacios, miradas hambrientas.

Arriba y abajo y en torno este cielo sin límites huelga
Y así como nidos pequeños á todos los mundos arropa,
Y á todos los hombres amor y esperanzas y sueños descuelga,
Da lumbre á su antorcha, da pan á su mesa, da vino á su copa.

¡ En dónde no hay Cielo, si es trópico y polo, nadir y horizonte,
Si el agua lo copia y el ojo, aun cerrado, lo mira por dentro?
¡ Ah! ¿ quién siendo niño no erró bellamente mirando en el monte
La escala del Cielo en que Dios da la mano y nos sale al encuentro?

Todo hombre fué ángel en esa cortísima edad de inocencia;
Hoy es un caído, impotente Luzbel, de la tierra vasallo, ...
¡ Por qué, tarda Muerte, durante esas horas sin mal, sin conciencia,
Por qué no me diste á volar en tu negro, triunfante caballo?

El Cielo es la Patria sin odios ni ausencia ni error ni falsía;
De noche, estrellado, ¡ cuán triste, cuán tierna nostalgia difunde!
¡ La estrella que asoma parece mirada que Dios nos envía,
Parece mirada que Dios nos reserva la estrella que se hunde!

¡ Mirad cómo el Cielo señalan, cual mano al mortal bienhechora,
La roca y el árbol, la torre y el ave, la flecha y la arista;
Y á él, por instinto, va el ojo que ríe y el ojo que llora,
El lente del sabio, la faz del viajero, el pincel del artista!

¡ El Cielo es la Patria! Mirad cómo todo de allá nos descende:
La luz y el rocío, la sombra y el iris, la lluvia y la calma;
Y ved cómo al par, desde el orbe á los cóncavos Cielos asciende
En humo la llama y en brumas el río y en preces el alma.



LA ORACIÓN

I

Huye la luz; el último celaje .
Brilló en el horizonte
Y negro el mundo, solo ya el paisaje
Se ve á lo lejos del perfil del monte.

Suspendido el afán de cuantos seres
Bullen al claro día,
Ya volvió de los huertos y talleres
A casa y nido amante compañía.

En acorde dulcísimo consuena
Con música lejana
Errátil onda, alegre cantilena
Y tañido de mística campana.

Trasciende el aire á campesino aroma,
Con rayo tremulento
Fulge la llama en la confusa loma,
El lucero en el alto firmamento.

Revuelan, como chispas, en los campos
Cocuyos que salpican
La dilatada sombra en vivos lampos,
Y que en rauda cruzar se multiplican.

Á la lumbre los viejos acogidos
 Con los niños parleros
 Platican, unos de sus años idos,
 Los otros de sus años venideros.

Y en cada hogar resalta ya desierto
 El sitio que solía
 Llenar con su presencia quien hoy muerto
 Con su imagen lo llena todavía.

II

Luchando audaz con su conciencia, á esta
 Para él odiada hora,
 Lanza el perverso maldición funesta
 Acaso del suicidio precursora.

Hora de esquivada recordanza triste
 Los ojos al ausente
 De sombra melancólica le viste
 Y hogar y patria píntale en la mente;

Hora de íntimo amor y trato ledo,
 Cuando amante y amada
 El futuro se forjan y hablan quedo
 En tierna frase á medio hacer gustada;

Cuando tiende al infante en blanda cuna
 La madre, y sonriente
 Le mira las facciones una á una,
 Le hace á besos la cruz sobre la frente;

Cuando sufre el poeta esa ansia vaga
 Que le inspira y oprime,
 Piensa en que todo cual la luz se apaga
 Y se enamora de lo eterno y gime.



LA CARIDAD

I

Cárcel de la virtud, la verde tierra,
La tierra engañadora,
Rosas esparce al pecador, que yerra,
Zarzas al justo que de hinojos ora ;

Vasto hospital con fértiles praderas
Por floreciente alfombra,
Luce el orbe por muros cordilleras,
Por techo, el palio que al mortal asombra :

Aquí, yerto rincón desmantelado
En donde niño enfermo,
Por dichosos rapaces olvidado,
Crece, cual planta del estéril yermo ;

Allí, el tugurio donde corvo anciano,
Cual hoja amarillenta,
Aguarda el soplo de la muerte en vano,
Y envidia, al par, la yema que revienta ;

Y más allá, leproso agonizante,
En lecho angosto y duro,
Que busca en derredor algún semblante,
Y halla sólo el de Cristo sobre el muro ;

La celda en que con ojos espantados
Se agita el delincuente,
Mostrando, cual los cielos anublados,
Nubes que pugnan en su torva frente ;

El campo odioso de marcial estruendo
Donde en vendimia insana
Gajos de hombres y brutos van cayendo
Que el prado tiñen de humeante grana ;

Y la fecunda choza donde habita
La ignorancia indolente,
En cuyos labios, por igual, palpita
Blastemia torpe y oración ferviente.

.....
Y de tanto infeliz ante el desvelo,
Cual visión tentadora,
Embellecido por la luz del cielo
Se alza el palacio en que el magnate mora ;

La soberbia mansión en donde leda
Sonríe la fortuna,
Y en túrgido plumón de tibia seda
Duerme el infante entre dorada cuna ;

El espléndido alcázar cuyo estrado
Para danzar se aliña,
Donde talle gentil, seno ondeado
Mira el garzón con ojos de rapiña ;

Do se sonroja cristalino vaso
Con ambrosía rara,
Y en la pupila llameante acaso
La beoda pasión flechas dispara....

II

¿Qué será del tullido y el leproso,
Del ciego y el hambriento
Que el ambiente respiran deleitoso
De la beldad, y en muelle pavimento

Oyen rodar carroza que arrogante
Los pedernales huella,
Y forja en su carrera resonante
Roja chispa y veloz cual la centella?

Mas Dios desde su trono soberano
Convierte á las naciones
El rostro, y contemplando el duelo humano
Llama con voz de trueno á sus legiones;

Y al punto innumerable muchedumbre
De donceles alados
Que irradian nimbos de inefable lumbre,
Se presentan en coros prosternados;

Y dice Dios al Ángel más discreto
Del más sublime coro:
« ¡Ve tú á la tierra, y sabio y con secreto
De los hijos de Adán enjuga el lloro! »

En filas jubilosas las estrellas
Al divo Mensajero
Forman calle triunfal, cual las doncellas
Del viejo Lacio al ínclito guerrero.

Y no se escucha ni el batir de su ala,
Como la luz ligera,
Y cual aroma que el rosal exhala,
Vuela y difunde suavidad doquiera;

— Dinos tu nombre ¡oh tú! por quien se viste
De regocijo el duelo.
— « Yo soy la Caridad, madre del triste,
Yo soy la Caridad, hija del Cielo. »

¡Oh! sí, tú ofreces á los ciegos guía,
Sostén á los mendigos,
Y á los míseros llevas alegría,
Y haces al justo y al perverso amigos;

Tú iluminas del huérfano la estancia
Con maternal sonrisa,
Y del leproso en derredor frangancia
Del cielo viertes, en delgada brisa;

Tú de la Cruz al estandarte asido
Desciendes al combate,
Y á lo eterno conviertes del herido
El corazón, que moribundo late;

Penetras en las lóbregas cabañas,
De enfermos é ignorantes;
Y allí en fulgores las tinieblas bañas
Y en valor, corazones y semblantes;

Tú por oculta, espiritual vereda
Al abismo descienes
Del corazón del rico, y con tu leda
Voz persuasiva su egoísmo enciendes;

Y no agotas, que acreces sin reparo
 Su pródigo tesoro;
 Y eres nivelador que con tu amparo
 Das en virtudes lo que falta en oro.

Ante ti, siempre casto y fuerte y noble,
 ¿Qué es la filantropía?
 Zarza rastrera ante encumbrado roble,
 Pálido cirio ante el fanal del día:

Ella es un turbio, asordador torrente
 Que su vivir pregona;
 Tú, mudo río cuya azul corriente
 De copiados luceros se corona.

¿Quién da, cual tú, su manto á los desnudos,
 Su hogar al fugitivo,
 Y pide para sí los férreos nudos
 Que sujetan y oprimen al cautivo?

Y cuando faltan los terrenos dones
 En tus cándidas manos,
 Elevas invisibles oraciones
 Y las trojes del cielo llueven granos.

La oración en tus labios, ¿qué no alcanza?
 Tú con divino celo
 El puente salvador de la esperanza
 Cuelgas, gozoso, entre el dolor y el Cielo.

.....

III

Mas viendo Dios cundir cual las arenas
 La humana prole impía,
 Al Ángel mensajero que las penas
 Desciende á consolar, tal dijo un día:

« Así como por causa del pecado,
 Con amor nunca visto
 Encarnó el Hijo mío idolatrado,
 Luz y delicia de mis ojos, Cristo;

« Quiero que tú, mi servidor dilecto,
 Tú, que á mi trono asistes,
 Sufras, hecho hombre, y el camino recto
 Señales é ilumines á los tristes. »

Dijo el Señor... y viendo tanta guerra,
 Tanta pasión mezquina,
 Vertió sobre los vicios de la tierra
 Una gota... ¡Una lágrima divina!

.....

Tres siglos prodigiosos han corrido
 Desde que en molde humano
 Naciste de un pastor, desconocido,
 Pobre como el Maestro Soberano.

¡ Vicente de Paúl! Tal es tu nombre,
 Renovador fecundo
 Que arrancas, siendo servidor del hombre,
 Al cielo aplausos, y homenaje al mundo.



LA NOCHE

EN CORRESPONDENCIA Á MI AMIGO EL SEÑOR ISMAEL
E. ARCINIEGAS

I

Aquí, mirando al cielo
Desde oculta morada campesina,
No fijo en el señuelo
De la ambición indina,
Corre el vivir cual onda cristalina.

¡ Oh noche que descienes
Sonando á la manera de arpa triste,
Y que lenta te extiendes
Por todo cuanto existe !
Préstame aliento y á mi canto asiste.

¡ Oh, cuál en ti se siente
Que la casa del alma está en el cielo !
¿ Quién alzará la frente,
Sin querer que alce el vuelo
El alma, de este vaso y de este suelo ?

Tú, de vivos luceros,
De pálidas estrellas coronada,
Me acuerdas los primeros
Solaces de la amada
Edad, que como ensueño es ya pasada.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

271

¡ Oh candor de la infancia,
Cuando llegué á subir en monte erguido,
Pensando en mi ignorancia,
Que con brazo tendido
Á Véspero lograra ver asido !....

Y ésa es la edad más cuerda
Del hombre aquí ; son de ángel sus errores ;
Cuando el hombre la pierda,
En copa de dolores
Del mal exprime las vedadas flores.

¡ Ay del hombre, apegado
En donde sólo es cierta la mudanza ;
Que sólo en lo pasado
Lo no precario alcanza ;
Mas ya cual ruina, no como esperanza !

Cercado de pasiones,
Escaso de saber y de inocencia,
Alimenta ficciones,
Desoye la conciencia,
Y allí está el mal do pone su querencia.

Malgasta en devaneos
El sentido del bien, que á Dios le inclina ;
Fabricando deseos,
Por do ciego camina
No ve que deja flor y coge espina.

II

El tráfago y rüido
Con que turba la paz el largo día

Cesaron, y al oído
Confusa melodía
Pone vago deleite y extasia.

Cuando se hunde á lo lejos
El monte que tu mudo pie traspasa,
Todos, niños y viejos,
Congréganse en la casa,
Y en ingenua expansión el tiempo pasa.

En fácil cantinela
Melancólico adiós al sol envía
El ave y rauda vuela
Al dulce nido, y pía
Lleva el sustento de la tierna cría.

El grave, majestuoso
Toque de la oración da la campana;
El eco sonoro
Vibra en cumbre lejana,
Y se hace oír en la conciencia humana.

Y bajo el techo amado
Del pacífico hogar se aviva el fuego;
El niño, ya cansado
Del bullicioso juego,
Busca el regazo y se adormece luego.

El campo vierte aromas
Y en el aire el olor se desparrama;
Sobre las verdes lomas,
Rastrera se derrama
Alegrando la vista, inquieta llama.

Por la tendida vega
Resbala lento y murmurando el río;
En hoja que se pliega,
Por prado y bosque umbrío,
Cuaja efímeras perlas el rocío.

Así en gotas se baña
De enamorada virgen inocente
La púdica pestaña,
Cuando entre sueños siente
Casta sombra pasar del bien ausente.

¡ Oh ! todo, todo encumbra
Á serena mansión el pensamiento:
Los ecos, la penumbra,
La niebla, el firmamento;
¡ He aquí la paz, aquí el recogimiento !

Dios, en el cielo escrito;
Dios, en todo patente ó reflejado;
Se mira lo infinito
En lo inmenso enmarcado,
Si se copia en la mar cielo estrellado.

Este es el gran momento
Cuando al Señor el universo adora:
En la caverna, el viento;
Muda el ave canora;
¡ Prostérnate mortal; medita y ora !





Á TI

Pasó la nube de mis negros hados,
Adiós, ¡oh sombras del pasado obscuro!
Por estrellas de amor iluminados
Surgen, ante mis ojos fascinados,
Los collados eternos del futuro.

Futuro azul, como tus ojos bellos,
Que de egoísmo y soledad me libra...
Hay crepúsculos de oro en tus cabellos,
Mas dime: ¿cuándo jugará con ellos
La mano que en tu mano ardiente vibra?

Cual surge el manantial, gota por gota,
Amor, dichasas lágrimas destila,
En inefable languidez se embota,
Y cuando el labio su lenguaje agota,
Habla sin reticencias la pupila.

Tiene la mar para la perla un lecho,
Hilos de luz el sótano profundo,
Tienen las aves bajo el árbol techo:
Un corazón palpita en cada pecho
Y en cada corazón palpita un mundo.

Yo siento que tu amor me transfigura,
Que audaz me torna y ambicioso y fuerte,
Y amo por ti la luz, la noche obscura,
El retiro, el insomnio, aun la amargura...
¡Tengo un odio no más, el de la muerte!

Dar y sentir felicidad inmensa
En vano el ser enamorado quiere,
Y en vano hallarla el sibarita piensa;
Porque el placer, como la luz intensa,
Al mismo tiempo que deleita hiere.

Pero el amor es dicha la más cierta,
La unión más fuerte, la mayor fortuna,
Desde que el hombre á la razón despierta
Hasta que, anciano, ve su tumba abierta
Y encuentra su alma en el sepulcro cuna.

Yo no quiero un amor de esos vulgares,
Quiero un amor sin límites, sin fondo,
Amor que salve tiempos y lugares,
Y abunde en regocijos y pesares,
Porque el amor que sufre es vasto y hondo.

Dime que puedo, porque tú me escudas,
Descansar como el nauta en golfo quieto,
Soñar delicias y romper las dudas
Que como flechas íntimas y agudas
No asesinan mi amor porque es completo.

Dime que guardas, como yo tu imagen,
La mía tú en el corazón del alma,
Que vive allí sin que jamás la ultrajen

Concentrados enojos que rebajen
Este infierno feliz de sed y calma.

Dime que se abre para mí anchuroso
Tu corazón, como sagrado abismo
Donde sucumbe para siempre odioso
El olvido, que en lóbrego reposo
No tiene ni calor para sí mismo.

Yo sé que es bajo lo que tú no amas,
Y sé que no merezco tus caricias:
Mas con el mismo fuego en que me inflamas,
De carbón á diamante tú me llamas
Y me unges con la luz de tus delicias.

Aun yo propio me envidio cuando en horas
De confidencia entre los dos, sorprendo
Tus miradas cerúleas y traidoras,
Miniaturas de espléndidas auroras,
Cascadas de pasión en mí vertiendo.

El corazón enfermo del poeta
Ama con toda la pasión de Otelo,
Sufre como el amante de Julieta
Y ata en su fe de voluptuoso asceta
La dicha al llanto y la mujer al cielo.

Mi corazón, tan corto de expresiones,
Es un mundo de eróticos arcanos
Donde caben eternas emociones,
Donde aguardan, cual teclas, las pasiones
El calor y el impulso de tus manos.

JULIO FLÓREZ

(VÉASE LA PÁGINA 359 DEL TOMO I)

AURORA

Huye la sombra. El pálido horizonte
De ondas de luz purísima se anega,
Y por encima del andino monte
La hermosa rubia á sus dominios llega.

Y se mece en hamaca de neblinas,
Casi desnuda en el azul del cielo,
Desgarrando sus gasas purpurinas
Sobre los blancos témpanos de hielo.

Mece el árbol la copa somnolenta;
Las hojas lucen brilladora escarcha,
Y allá arriba, do ruge la tormenta,
La luz prosigue su infinita marcha.

De la choza del rudo campesino,
Como buscando incógnitas regiones,
Suben, en impalpable remolino,
Con el humo sutil, las oraciones.